

CAPÍTULO VII.

SOBRE EL PRINCIPIO DE LA VIDA.

La existencia de un principio de vida distinto de la materia en todos los seres vivientes, desde el más humilde entre los vegetales hasta el hombre, no es ciertamente hipótesis gratuita, sino tesis perfectamente demostrada, no sólo por los antiguos, sino también por los modernos.

Tratado elemental de Histología normal y Patología, por el doctor A. MAESTRE DE SAN JUAN, catedrático de Medicina de la Universidad central.—Madrid, 1879, pág. 114.

CAPÍTULO VII.

SOBRE EL PRINCIPIO DE LA VIDA.

*Pregunta.* ¿Cuál fué la doctrina de los antiguos en orden á la vida?

*Respuesta.* «Es de todos sumamente sabido las hipótesis en extremo gratuitas de los antiguos, sobre la esencia de la vida, caracterizadas todas ellas por la existencia de un principio de vida distinto de la materia <sup>1</sup>.»

La existencia de un principio de vida distinto de la materia en todos los seres vivientes, desde el más humilde entre los vegetales, hasta el hombre, no es ciertamente hipótesis gratuita, sino tesis perfectamente demostrada, no sólo por los antiguos, sino también por to-

---

<sup>1</sup> Tratado elemental de Histología normal y Patología, por el doctor A. MAESTRE DE SAN JUAN, catedrático de Medicina de la Universidad central.—Madrid, 1879, pág. 114.

dos los sabios modernos que no profesan las falsas y humillantes doctrinas del materialismo. Llenos están los libros de argumentos y discursos luminosos y convincentes en favor de esa distinción, evidenciada por pruebas directas é indirectas, y vindicada contra las objeciones insulsas de los que no aciertan á ver en los seres vivientes, incluso el hombre, sino puros fenómenos de la materia, á la cual atribuyen *gratuitamente* las fuerzas ó cualidades del alma. No queremos reproducir aquí las razones de la filosofía espiritualista á que nos referimos, porque harto conocidas son de cuantos cultivan esta ciencia: únicamente observaremos, que las acciones vitales nada tienen de común con la materia, por más que á esta última se la considere organizada (la organización sólo expresa el concepto de cierta manera de mecanismo, *incapaz de moverse á sí propio*); y que las acciones vitales se terminan en el mismo viviente, al paso que las de las sustancias meramente corpóreas (en las cuales hay por otra parte algo que no es materia) pasan siempre á otros objetos distintos del sugeto que las emite. ¡Cuánto pudiéramos decir en la refutación de la sentencia en que el

profesor de Madrid, sin más pruebas que su palabra, dice de los antiguos, que carecían de ellas para admitir la existencia del alma, no ya sólo en los simples vivientes vegetales, sino hasta en el hombre mismo!

P. Y entre los modernos, ¿cuál es la teoría recibida en la ciencia definitivamente acerca de la vida?

R. «No hay fisiología con Descartes, Newton y Boerhaave, sino la mecánica y la física aplicadas hipotéticamente á los seres vivos; mas aparece el célebre profesor de la Universidad de Cambridge, Glisson, el cual es el primero que pronuncia la palabra *irritabilidad*, como una propiedad vital que atribuye á toda materia organizada, es la *causa de la vida*, determina los movimientos orgánicos, y se pone en juego por causas externas ó internas que dominan irritantes, y cuya teoría acepta Leibniz bajo el nombre de *entelequia perceptiva*. Esta luminosa idea científica pasa desapercibida para sus contemporáneos... El célebre fisiólogo de Lausana, Haller, impresionado por las ideas de la irritabilidad, que en el terreno teórico habia admitido Glisson, se entrega á numerosas vivisecciones en animales irracionales, y aplica al sistema muscular la palabra irritabilidad, teniendo el honor (basándola en la experimentación) de dar una base experi-

mental á la teoría de las propiedades vitales, y concediendo por lo mismo positivo derecho de domicilio en la ciencia á la doctrina de la irritabilidad<sup>1.</sup>

En efecto, la *irritabilidad* de la materia organizada, es, como dice muy bien el texto, una palabra; pero esta palabra carece de sentido, ó mejor dicho, expresa un concepto absurdo al suponerse *viva* á la materia por el sólo hecho de estar *organizada*. No ha advertido el Sr. Maestre de San Juan, que su doctrina es un círculo vicioso; en el cual ha incurrido desgraciadamente confundiendo el efecto con la causa, como quiera que la organización es efecto y no causa de la vida. Sólo al principio vital que reside en los gérmenes de donde proceden los seres vivos, es dado construir sus respectivos órganos: suprimanse tales gérmenes, y con ellos la acción vital que los desarrolla y trasforma, y habrása suprimido la vida sobre la haz de la tierra. No es cierto, por otra parte, que Leibniz aceptase la teoría de la irritabilidad bajo el nombre de *entelequia perceptiva*: la palabra *entelechia*, que

<sup>1</sup> Pág. 114 y 115.

en griego significa *perfección*, fué usada de los antiguos en el sentido de *forma*, porque gracias á la forma que se junta con la materia en las substancias compuestas de ambos principios, reciben estas su respectiva perfección. La *entelechia* es pues como la forma, cierta entidad recibida en la materia, entidad distinta de la materia, y superior á ella; que es precisamente lo contrario de la teoría de la irritabilidad, que suprime en las sustancias vivientes todo principio distinto de la materia. Lejos de haber admitido Leibniz semejante teoría, todos saben que su doctrina peca precisamente por haber suprimido el concepto de materia, y reducido las sustancias del universo á mónadas ó entidades simples é in-materiales. A todas estas mónadas les atribuyó Leibniz la percepción y el apetito, incluso las que constituyen, mediante su respectiva unión, las sustancias corpóreas; mas con esto mismo les negó la razón de cosas materiales. Es de advertir, que entre las mónadas de Leibniz tiene un grado muy elevado el espíritu racional (*mens, ratione praedita*), debajo de la cual está el alma de los brutos (*anima seu monas sensu praedita*), las cuales en los

respectivos vivientes hacen, juntamente con las mónadas inferiores del cuerpo, aquella consonancia ó armonía preestablecida que se hizo tan famosa en las escuelas. Confesamos que en esta doctrina el gran Leibniz se olvidó de la materia como principio real y esencial de la organización de los séres, así inorgánicos como organizados; pero en cambio jamás pudo imaginar tan ilustre filósofo, que algún día había de verse confundido su pensamiento, tan excesivamente espiritual é idealista, con la grosera doctrina de los que no ven en los séres vivos sino únicamente materia, aunque adornada de una propiedad imaginaria, con que pretenden llenar el vacío de la forma ó principio vital, y dar explicación de los fenómenos de la vida. Más decimos: así como la organización es efecto, que no causa, de la vida, así las propiedades que atribuyen los materialistas á la materia organizada, verbi gracia, la llamada *irritabilidad*, proceden de la vida misma. *Malgrado i loro sforzi*, dice el ilustre Venturoli en su preciosa obra *Del materialismo e panteismo nelle scienze naturali* <sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Bolonia, 1875, IV, pág. 219.

*non potranno mai far comprendere ad alcuno che tali forze o qualità o proprietà, che sono il risultato dei corpi in atto, e sono piuttosto effetti che cause della natura loro, posano nel tempo stesso rappresentare uno degli elementi costitutivi di essi.* Vea pues el Sr. Maestre de San Juan, cuán lejos está de haber adquirido *derecho positivo de domicilio en la ciencia la teoría de la irritabilidad*, considerada como principio vital. El materialismo, cuya es en propiedad esta teoría, nunca adquirirá semejante derecho, del que goza exclusivamente la verdad siempre antigua y siempre nueva de la distinción real entre la materia y la forma sustancial que la anima en los séres vivientes, y sobre todo en el hombre.

P. ¿Cuáles son los fenómenos generales de la inervación?

R. «Entre los fenómenos generales de la *inervación* figuran las impresiones y las sensaciones ó impresiones conscientes, propiamente dichas, y las emociones; las acciones reflejas ó motrices, secretorias y tróficas; los actos instintivos, *psíquicos*, y las acciones de ciertos nervios que en vez de excitante ejercen el oficio de frenos <sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> Pág. 395.

Aquí volvemos á los movimientos reflejos que estuvieron no hace mucho tiempo de moda entre los fisiólogos positivistas, y á los demás fenómenos que estos atribuyen á los nervios, entre los cuales figuran no ya sólo las sensaciones que nuestro autor, poco fuerte sin duda en achaques de Psicología, denomina *impresiones conscientes*, sino también «los actos instintivos, *psíquicos*,» es decir, los afectos de la voluntad, deplorablemente confundidos aquí con los movimientos del apetito sensitivo. Pero la confusión de las ideas no se reduce simplemente á estos dos términos: es general é irremediable en la mente del autor, mientras la informe el positivismo reinante en los libros y en las cátedras de los sabios incrédulos, formados por el espíritu protestante allá en Alemania su patria. Entre estos últimos Herzen y Gleisberg se esforzaron á explicar así los actos de los brutos como los del hombre por movimientos reflejos, ó sea, por la acción del sistema nervioso excitado por alguna causa extrínseca. Según los tales autores todo se reduce á impresiones, sensaciones (*impresiones conscientes* del profesor de Madrid), é impulsos, cuyos fenómenos tienen tal conexión entre sí,

que no vienen á ser otra cosa sino desarrollos varios de un mismo idéntico fenómeno, originado de los nervios: los nervios sensitivos conducen á los centros nerviosos las impresiones recibidas; los nervios motores comunican á los músculos el impulso elaborado en tales centros, los cuales combinando sus contracciones, las adaptan á las reacciones del organismo en las circunstancias infinitamente variables en que se encuentra. Según esta doctrina, el impulso originado de una sensación dada, es efecto necesario y en cierto modo mecánico de la impresión recibida de afuera, y el conjunto de este fenómeno constituye la acción llamada *refleja*. Tal es asimismo la doctrina del profesor de Madrid, que evidentemente ha bebido en fuentes envenenadas por el materialismo. Adios pues la inteligencia y la voluntad, facultades esencialmente espirituales, independientes del organismo; adios también el libre albedrío del hombre, y aún el instinto de los brutos, que según vimos en el capítulo anterior, no puede explicarse por el movimiento de los nervios; adios en suma la vida propiamente dicha, distinta esencialmente de los fenómenos que acaecen en los organismos priva-

dos de su soplo inmaterial. ¿A qué se reducen pues los fenómenos *psíquicos* de que nos habla el Sr. Maestre de San Juan, sin acertar á distinguirlos de los puramente instintivos? A meras palabras solamente, *verba et voces, praeterea que nihil*: materialismo puro, cuya refutación habrá leído el lector en todos los autores católicos, y acaso en algunos que no lo son.

P. ¿Qué cosa es célula?

R. «Se entenderá por célula la unidad orgánica forme, irreducible, anatómicamente hablando, ó un organismo elemental que apreciamos por medio del microscopio, ora semisólida ó bien semiflúida, formada por una sustancia albuminóidea (materia organizada viva), dotada de todas las funciones que exige la vida en sus varios actos nutritivos, de relación y generación <sup>1</sup>.»

En este lugar se padece el mismo error que en los anteriores, á saber, el de atribuir á la materia organizada, reducida en la célula al último elemento á que puede llegar el análisis de los tejidos vegetales y animales, las fuerzas que pertenecen radicalmente al principio vital que los informa, de las cuales proceden

<sup>1</sup> Ibid, pág. 98.

las funciones de la nutrición, de la generación, y de las que están comprendidas en la vida que llaman los fisiólogos de relación en los animales. Esta doctrina de las células, reputadas falsamente por organismos aislados que tienen su propia vida, es la base de la teoría evolutiva del famoso Haeckel, continuador de Darwin, cuyos errores ha completado y perfeccionado, si así puede decirse, el tristemente famoso naturalista alemán. Haeckel en efecto sostiene, que en la mayor parte de los animales y de las plantas el organismo está representado por una simple célula, de la que proceden después una serie ó grupo de estos elementos, que forman todo un estado celular organizado, del cual resulta respectivamente un animal ó una planta del todo acabados. «Nuestro cuerpo, dice este autor, no es una unidad viviente perfecta, como el hombre se complace en creerlo con el candor propio de sus primitivos conceptos, sino una comunidad social muy compleja, una colonia, un estado compuesto de muchas unidades vivientes é independientes, de células <sup>1</sup>.» Cada una de estas

<sup>1</sup> *Anthropogenie ou histoire de la evolution humaine*, por ERNEST HAECKEL.—Paris, 1877, pág 83.

células tiene de por sí la propiedad llamada *irritabilidad*, y por consiguiente está dotada de vida, y entre ellas descuella la célula nerviosa ó *psíquica* donde la vida se muestra en su más alto grado, la inteligencia (!!). ¿Pero de dónde saca Haeckel,—con quien concuerda el Sr. Maestre de San Juan en el pasaje arriba citado—de dónde infiere que cada célula es de por sí un organismo viviente que se nutre y se propaga sin necesitar de un principio superior, verdaderamente vital, que al modo como la autoridad ordena y unifica los miembros de la república, con la cual compara Haeckel su colonia de células (aunque entendiendo la república en el sentido de anarquía), comunique á todos los elementos organizados su propio sér vital? Aun tratándose de una función harto inferior á las de la vida de relación, á saber, la generación, es cosa averiguada y cierta que la simple célula carece por sí sola de semejante virtud. ¿Ni cómo ha de poseerla si cada célula aislada y separada de las demás ni siquiera puede vivir, cuanto ménos propagarse? La virtud de producir nuevas células en los respectivos organismos radica primitivamente no en la simple célula, sino en el huevo fecundado

y después desarrollado merced á las fuerzas vitales depositadas en él por un viviente anterior. El mismo Haeckel lo ha reconocido y confesado claramente en los términos siguientes: «La célula *ovular*, nos dice, representa virtualmente á todo el animal: esa célula (*la ovular, el huevo, no la simple célula*) tiene la facultad de engendrar por sí misma todo un organismo policelular: es la fuente materna de todas las innumerables generaciones de células que componen todos los tejidos del cuerpo, y posee en sí misma por algún modo todas las aptitudes variadas de estas células que componen todos los tejidos del cuerpo, aunque sólo virtualmente, en estado de boceto 1.» Tenemos pues, que la virtud generatriz de las células pertenece á la que Haeckel llama *ovular*; pero las otras, las simples células, ó son infecundas, ó engendran á lo más otras semejantes, cuya generación no puede nunca verificarse sino por virtud del principio vital que las anima y ordena y multiplica, y que les comunica las demás propiedades vitales que el materialismo adjudica á la materia or-

---

1 Ibid, pág. 84.

ganizada, al modo como la célula ovular sólo puede mostrar su fecundidad en multitud de órganos de *especies diferentes* merced á ese mismo principio y á las fuerzas ó instrumentos de que éste se vale para producir el organismo.

Excusado es añadir, que en toda esta explicación de la vida, el profesor de Medicina de la Universidad de Madrid no sólo ha prescindido de las luces que hubiera podido proporcionarle la filosofía, sino también (y esto es lo más doloroso tratándose de quien representa en la enseñanza á un Estado católico por ley, honor y obligación) de las que copiosamente ha derramado en multitud de documentos sobre materia tan vital la Iglesia nuestra madre, columna y firmamento de la verdad.



## CAPÍTULO VIII.

CONTINÚA EL MATERIALISMO DE LOS TEXTOS VIVOS.

*Pregunta.* ¿Son capaces los animales de actos intelectuales?

*Respuesta.* « Si recordamos la propiedad fundamental de su *textura nerviosa*... nos llegaremos á convencer que los animales inferiores al hombre pueden ser susceptibles de *manifestaciones intelectuales bastante elevadas*, siempre que para este efecto se les trate de educar de un modo sistemático durante el trascurso de algunas generaciones <sup>1</sup>. »

Común achaque es de nuestros sabios al uso, en tratándose que se trata de los anima-

---

<sup>1</sup> Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1881 á 1882, en la Universidad literaria de Valladolid, por el doctor D. PEDRO URRACA Y GUTIÉRREZ, *catedrático de la Facultad de Medicina*, pág. 7.